

12(899-)

# **REVISTA DE CRITICA CULTURAL**

JUNIO 2001 N° **22** \$ 2.500

**Derecho, moralidad y justicia**  
**Entrevista al subcomandante Marcos**  
**Arte y política**  
**Esa loca geografía concertacionista**  
**Construcciones y destrucciones en**  
**narrativas femeninas del siglo XX**

# Carta a Tomás Moulian

Oswaldo Puccio

Político; asesor de la Agencia de Cooperación Internacional (AGCI).

*Cuando uno oye pontificar a los "chicagos" de siempre y a los conversos de más reciente data, no deja de sorprender cuan mortalmente parecidos son el cretinismo economicista del marxismo vulgar y el del mercadismo arrogantemente banal de la "novedosa modernidad".*

Querido Tomás:

Mientras leía tu libro, *Socialismo del siglo XXI*, imaginaba con quien me habría gustado discutirlo en un círculo de lectura de esos que funcionaban a fines de los sesenta en el Instituto Nacional, mi colegio, cuando preparábamos la revolución total con una rara mezcla de ideas, ilusiones y arrogancia, mucha arrogancia.

El primero que se me imaginó invitar fue Lafargue, tan ausente de todas nuestras invitaciones; ese fantástico yerno de Marx, que seguramente por yerno de tan notable alemán, pero además por mulato, judío y caribeño no tan pobre en París, es decir, con puros títulos para ser discriminado, fue el portador del último intento de seguir la hebra emancipatoria -y con humor- que había en la versión del socialismo de su suegro que luego, fue paso a paso canonizándose, haciéndose menos laica, más beata. Ese Lafargue representante del escepticismo emancipador y entusiasta del proyecto socialista cuando aún, para hablar con tu libro, existía "voluntad y convicción" tan a destajo como "explotación y pobreza" (pg.21).

El segundo, mi hijo. Esta generación que mantiene la inquietud no obstante las horas escuchando de derrotas y busca en el goce y la inteligencia, sin hacerlas antitéticas, un camino de cambio sin tantas autoridades, sin demasiada pechonería militante, en fin, distinto y con un sentido distinto. En todo caso, cierta que el cielo está más bien nublado y los asaltantes algo enclenques.

El tercero del círculo, alguien como nosotros. Esta generación nuestra en la que pocos han logrado a las finales transitar, tras la derrota, por el estrecho desfiladero que quedó entre la amargura y el cinismo.

Y aquí mi primer comentario. Tu libro demuestra con tanta perspicacia como solidez que esa huella no sólo es transitable sino que es posible hacerla más firme y menos umbría. Y por ello creo que Lafargue habría aportado mucho a la discusión del libro, argumentando contigo de la fuerza del socialismo como propuesta liberadora, pero también como crítica radical del capitalismo en tanto es "un sistema que desarrolla las fuerzas productivas sobre la base de marginar a muchos de una vida plena" (pg.58). Así como mi hijo, con la pedantería suficiente y comprometidamente "pasota" de su generación, nos habría espetado una y otra vez tu afirmación, con una fuerza mucho más que literaria, que "la creatividad en política se

conecta con la utopía" (pg.165).

La ideología oficial nos machaca, sin embargo, que los tiempos no son ni de creatividad ni de utopía... y tu libro demuestra lo contrario y muestra que es posible afirmarlo sin pararse ni en la perspectiva de la nostalgia ni el rezongo.

Pero déjame hacer un par de consideraciones en torno al libro. Quiero poner, a diferencia del fraseo sesentista, el pero antes de las alabanzas, porque éstas serán lo sustantivo, y comenzar por lo que me parece más débil: las propuestas acerca de la economía. No soy economista, la vida fue generosa conmigo en este punto y me salvó de tamaño destino, pero aquí de lo que se trata es de hacer propuestas y tener visiones de sociedad y no arropar de pedante lenguaje técnico a la más ideológica de todas las ciencias sociales ( en el sentido marxiano de sus escritos tempranos). Trato de ser justo y hacer aquí la afirmación que, probablemente, la mayor debilidad de cualquier propuesta socialista a través de la historia, ha sido siempre la de la implementación práctica en el nivel de la producción y reproducción material de la riqueza. Si se lee a los utópicos o a los austromarxistas (el viejo y querido Gonzalo Martner escribió un par de brillantes ensayos sobre el tema en los setenta) o al propio Marx y Engels en sus versiones más programáticas, veremos que la hegeliana totalidad se transmuta en parciales propuestas más o menos pretenciosas, del mismo modo que en Liebknecht el viejo o en Guevara del *Socialismo y el Hombre*, las propuestas caminan más bien por la buenas intenciones y la fe en la especie. Algo pasa siempre cuando argumentamos el cambio y la construcción socialista desde la perspectiva de la economía. Hablando con don Lucho Corvalán, parece que hemos sido siempre mejores a la hora de la problemática que de la solucionática... Puede ser. Quiero, sin embargo, seguir en la línea de tu libro, tan refrescante como sugerente, y permitirme una afirmación: hay un momento que las fuerzas socialistas no han logrado resolver ni teórica ni prácticamente, y es el tema del tránsito del capitalismo al socialismo, cuándo uno deja de ser tal y el otro comienza a ser lo propio, el momento en que se produce el "salto cualitativo" para hablar con Hegel, al menos el de las vulgatas. Cada vez creo más convencidamente que el problema no tiene solución y es fantástico que así sea porque las zonas grises y confusas suelen ser las únicas que a las finales exis-

ten en la historia.

Es probable que una relectura desaprensiva y menos prejuiciada de Bernstein, nos dé luces en este sentido como nos las daría hacer lo propio con Marx, ése de las nunca enviadas cartas a Vera Sassulitsch. Pero de todas maneras y a las finales, habrá que hacerse a la idea de la historia como continuo complejo, contradictorio y paradójico donde por tanto el socialismo es menos un estado a ser alcanzado y realizado y más todas aquellas propuestas, proyectos y visiones a ser seguidas, readecuadas, reformuladas y recomenzadas por sujetos sociales cada vez más organizados, articulados y conscientes de sus propios intereses y necesidades emancipatorias para (y seguimos con tu libro) impulsar desde la perspectiva de ellos -la de los discriminados y los menos favorecidos- la "individuación" en cuanto "búsqueda de autonomía y rechazo al conformismo masificador" (pg. 160), antípoda del individualismo como tú, convincentemente, lo demuestras.

Pero volvamos a tu propuesta de una "nueva economía" a partir de una valoración y ubicación distinta de las necesidades. Aquí sí que hay tarea para el debate porque, así como en el socialismo real fue en el plano de la producción de los bienes donde el camino al infierno se empedró de mejor manera de buenas intenciones, fue en el manejo y definición de las necesidades donde hubo y ha habido la mayor infiltración de visiones idealizadas y algo religiosas del tema de las necesidades. Aquí es donde clama a gritos una relectura de *El Capital* escrito por el ateo Marx. También a la hora de confrontar el nuevo y posmoderno beaterío liberal que supone que lo dado en la economía es algo así como un dato inmovible de la naturaleza y que la sociedad sólo es perceptible a través del tarot de las encuestas.

Lafargue con su "derecho a la pereza" nos podría dar algunas luces también en el sentido que la economía no sólo debe ser mixta desde la perspectiva de su conformación sino, y por sobre todo, de la forma en que la sociedad y los agentes económicos se aproximan a su construcción. De verdad que hablar de economía mixta es casi tautológico en tanto ésta sólo puede, incluido los mas primitivos monocultivos de la economía natural, ser la conjunción de maneras y modos diversos y distintos de producir.

El tema en el socialismo ha ido menos por ahí -porque la realidad ha sido siempre más rica que la teoría, para citar al desmonetizado Lenin- y más por la aproximación unívoca, y por tanto no mixta: desde la propuesta programática y sobre todo política de la economía desde la sociedad organizada, especialmente desde el estado.

Y aquí hay una clave en tu libro, cuando señalas que "la política revolucionaria o la política reformista apuntan hacia un mismo locus privilegiado, esto es, el Estado como nivel central de la decisión y de la implementación". (Pg. 109). Clave que constituye un filón muy fértil a explorar también en el plano económico para una propuesta socialista cuando ésta -desde la sociedad organizada volitiva y conscientemente; desde la fuerza menos de la lucha y más desde el *agonos* y el *polemos* simultáneamente- procura difundir, extender, fortalecer su hegemonía. Es la economía desde la sociedad y como instrumento de esa transformación social; la economía como propuesta socialista y no de socialistas que acceden a los comandos de control del estado. Pero no quisiera abundar en los temas de la economía

que no hacen ni a lo más sustantivo ni lo más sugerente del libro.

Notable y lleno de estímulos es el segundo capítulo, aún cuando afirmas que "ni las revoluciones ni las reformas del siglo XX constituyen soluciones para pensar el futuro... la lucha por el futuro debe adoptar otras formas". Este capítulo es una propuesta intelectual notable porque, como en todo el libro, su intención básica no es evaluar, autocriticar y pensar desde y en el marco de la lógica intelectual socialista que hemos predominantemente conocido hasta ahora, sino buscar *formas de pensar* distintas. Creo que, en este marco, no es ocioso ni una pedantería erudita echar una revisada a lo que fueron las discusiones en cada uno de los períodos de existencia del movimiento socialista, y que con más de una sorpresa y novedad nos encontraríamos. Esto implica, desde luego, retomar un criterio básico historicista de la teoría de la transformación social: hacer de ésta un proceso en y desde la historia.

Vale así tu defensa de la propuesta marxista del socialismo. "El núcleo racional de esta teoría está más cerca de la autoemancipación porque es un estructural historicismo" (pg.51), dices, para situarlo correctamente al marxismo cuando lo haces afirmar "que la sola subjetividad no cambia la historia, no crea la posibilidad del socialismo" (pg. 50). Es en este capítulo referido al fracaso del socialismo donde se infiere una de las propuestas más productivas del libro: reponer la reflexión teórica de la posibilidad y la necesidad del socialismo desde la crítica del capitalismo y no sólo la explicación o justificación del fracaso para ir desde la crítica a la necesidad emancipatoria ( en términos hegelianos, no sólo de requerimientos o reivindicaciones).

El socialismo del siglo veinte temprano sufrió, en su versión revolucionaria, una derrota catastrófica mientras, en su versión socialreformista, ha llegado a formas estructurales de agotamiento que le impiden ser una alternativa eficaz a los nuevos desarrollos capitalistas de los que, por lo demás, es parte consustantiva. Estos desarrollos, vistos en estricto rigor, no son tan ni exclusivamente capitalistas, pero éste es otro debate que ya insinuaba al principio. Así, al hablar del fracaso de las experiencias socialistas, debemos ser más complejos al distinguir los planos a los que nos estamos refiriendo, primero, porque la modernidad y la globalización son como desarrollo histórico del todo incomprensibles e inconcebibles sin la existencia económica, política y cultural de las distintas formas de socialismo durante el siglo recién pasado.

De uno u otro modo, la actual forma e existencia social es resultado de la contradicción pero también de la imbricación de ambos sistemas. Hay momentos de avance cultural y civilizatorio que no es posible, excluidas las formas más metafísicas y maniqueas del pensamiento, concebir sino como formas de síntesis. Por ello, siguiendo con la veta que tu libro propone, creo que el socialismo -visto no sólo como estatalidad- debe ser una clave de creación y elaboración propositiva; una clave para desentrañar racional, histórica e inteligentemente lo que fue y lo que logró esta experiencia, también nuestra, en su devenir en el tiempo. En este marco, permíteme subrayar una y otra vez un concepto que tú mencionas en relación al viraje de Felipe González, hoy integrado a la troupe de un conocido empresario nacional (lo que no deja de ser pintoresco y sistemático): el del *ahistoricismo*. En el marxismo canonizado, la

historia, en su compleja contradictoriedad, era simplemente un antecedente casi inútil porque todo su devenir iría por angas o por mangas a rematar en un objetivo preestablecido "ad ovo": un estado en que habría que llegar irredarguiblemente porque ello estaba definido en la "naturalidad de la cosa", para citar al angélico doctor.

Cuando uno oye pontificar a los "chicagos" de siempre y a los conversos de más reciente data, no deja de sorprender cuan mortalmente parecidos son el cretinismo economicista del marxismo vulgar y el del mercadismo arrogantemente banal de la "novedosa modernidad." Ambos se encuentran en cero: aquellos por ser culminación del desarrollo, éstos por ser comienzo desde la nada del todo.

A los conversos, algunos amigos queridos aunque mi hijo me los reproche, no les ha sido difícil la adaptación: mal que mal traían el programa del dogmatismo puesto. Sólo tuvieron que cambiar los datos de Althusser o el manual de Editorial Progreso, los datos de su "programa" leninista -por algunos ya aprendidos de chiquititos como catecismo- por datos liberales, por Hayek o *Economía y Negocios*, pero el programa, al mantenerse, tiende a reaccionar igual: con dogmatismo totalitario en las respuestas.

Particularmente brillante y bien logrado es el apartado "Democracia partidaria y politización de los debates". Ahí tratas tú las falencias y las carencias de nuestras formas de organización política: esas que se supone están hechas para ser sujetos colectivos del cambio y, hoy, o bien son aparatos vacíos de todo otro contenido que no sea la repetición estulta de la función que alguna vez cumplieron con un objetivo de mayor trascendencia o bien, como aquellos que, al decir de Brecht, recorren el mundo con un ladrillo para mostrar como era su casa. Qué duda cabe que, en ellos, los partidos, se expresa parte muy importante de "nuestra miseria", porque ahí se reconcentran las más de las inercias, las más contumaces de las costumbres, los más rebeldes de los atavismos. Es ahí donde recreamos los espacios colectivos en los que Lafargue huiría despavorido entre arcadas y risas y donde mi hijo no entraría "ni perseguido por los pacos", y la cita es textual.

Tu libro, Tomás, se inscribe en lo mejor de la tradición de los Manifiestos, ese género decimonónico de la literatura política en que se resumía lo mejor de la reflexión, del conocimiento y de la propuesta de una corriente progresista. En el siglo veinte, casi no hubo manifiestos: la realidad y la propuesta se habían fundido tan sólidamente en el canon que un género de esta naturaleza salía sobrando (sólo Breton se permitió uno y el último de la centuria). El tuyo retoma con creatividad y frescura el camino y nos ofrece un trabajo de calidad superior y condición, más que necesaria, imprescindible. Por ello estoy cierto que desde la perspectiva singular de cada uno de mis invitados, habría sido recibido con alegría, curiosidad e intelectual satisfacción: al menos con uno podremos pasar la prueba de la praxis.

En lo que a mí respecta, quiero simplemente agradecer porque, en este país, la desertificación cultural ya ha cubierto el territorio casi completo, en especial sus provincias centrales y en ellos sus más céntricos barrios, de modo que encontrar un promontorio verde en forma de manifiesto inteligente es más que estimulante.

Un abrazo con mucho afecto

OSVALDO PUCCIO

